

«Abrios, puertas eternas; dejad pasar á la Soberana de los cielos!»

LIBRO VIGÉSIMO-SEGUNDO.

SUMARIO. El Angel exterminador hiere á Galerio y á Hierocles. Este procura sobornar al juez de los cristianos. Regreso del mensajero enviado á Diocleciano. Tristeza de Eudoro, Demodoco y Cimodocea. La comida libre. Tentación.

¿QUE son las penas corporales cuando se las compara á los tormentos del alma? ¿Qué fuego puede igualar al fuego voraz de los remordimientos?

El justo se ve atormentado en su cuerpo, pero su alma, semejante á una fortaleza inexpugnable, permanece tranquila cuando la devastación siembra por afuera susestragos; el malvado, por el contrario, descansa entre flores ó en suntuoso lecho; parece gozar de la paz, pero el enemigo se ha deslizado en su pecho, y muchas señales funestas relevan el secreto de este hombre en apariencia feliz: tal, en medio de risueña campiña se descubre la pavorosa bandera desplegada sobre las torres de una ciudad cuyos despojos se disputan la peste y la muerte.

Hierocles ha renegado del cielo, y el cielo le abandona al infierno. Publio, que intentaba acabar de perder á este rival, descubrió las malversaciones del ministro del emperador, que habia aumentado su fortuna con gran parte de los tesoros del príncipe. Todos buscaban en Hierocles nuevos crímenes, porque el mundo es tan vil para acusar al perverso abatido, como lo era para escusarle en sus dias prósperos. ¿Qué hara el enemigo de Dios? ¿Partirá para Alejandria sin intentar salvar á la mujer á quien ha perdido, ó permanecerá en Roma para asistir á los sangrientos funerales de Cimodocea? El odio público le persigue; un príncipe terrible le amenaza, y espantoso amor devora su corazón. En tal perplejidad los ojos del perverso se cubren de sangre, sus miradas adquieren la inmovilidad del terror, sus labios se entrecienden, y sus lividas mejillas tiemblan con todo su cuerpo; así, cuando una serpiente se ha envenenado á sí misma con los mortíferos jugos de que compone su veneno, tendida en la vía pública se agita debilmente sobre el polvo, medio cerrados los párpados; sus ennegrecidas fauces destilan impura espuma; su floja y amarillenta piel no se redondea ya sobre sus anillos, é inspira todavía espanto; pero este espanto no está ya ennoblecido por la idea de su poder.

¡Oh! ¡cuán diferente es el cristiano cuyas exhaustas venas conservan aun bastante sangre para animar un esforzado corazón! Empero no bastaban los dolores y remordimientos precursores de los castigos, reservados al perseguidor de los fieles: Dios hace una señal al Angel exterminador, y con el dedo le señala dos víctimas. El ministro de las venganzas fija al punto en sus espaldas unas alas de fuego, cuyo sacudimiento imita el lejano fragor del trueno. Con una mano toma una de las siete copas de oro henchidas de la cólera de Dios; con otra empuña la espada formidable que hirió á los primogénitos de Egipto é hizo retroceder al sol á vista del campo de Sennacherib. Las naciones enteras condenadas por sus crímenes, se desvanecen en presencia de este espíritu inexorable, y en vano se buscan sus sepulcros. El trazó en la pared en el festin de Baltasar las misteriosas palabras; él arrojó al suelo la Hoz que vendimia y la Hoz que siega, cuando Juan entrevió en la isla de Patmos las espantosas visiones del porvenir.

El Angel exterminador desciende en un relámpago, como esas estrellas que se desprenden del cielo y

llevan el espanto al corazón del marinero. Entra envuelto en una nube en el palacio de los Césares, en el momento mismo en que Galerio, sentado á la mesa del festin, celebraba sus efímeras prosperidades. Al punto, las lámparas del banquete pierden su brillo; oyesse por afuera un rumor semejante al sordo rodar de innumerables carros de guerra; erízanse los cabellos á los convidados, y de sus ojos brotan involuntarias lágrimas; las sombras de los antiguos romanos se levantan airadas en los salones, y Galerio sintió un confuso presentimiento de la destrucción del imperio. El Angel se acerca invisible á este señor del mundo, y derrama en su copa algunas gotas del vino de la cólera celestial. Impelido por su mal destino, el emperador acerca á sus abrasados labios el líquido devorador; pero no bien ha brindado á la fortuna de los Césares, se siente súbitamente ébrio: una enfermedad tan rápida como inesperada le hace caer á los pies de sus esclavos: Dios ha derribado en un momento al soberbio gigante.

Si un madero cortado en la cumbre del Gárgaro ha envejecido en un palacio, morada de una raza antigua, y súbito fuego prendido en el hogar del rey sube á la artonada techumbre, el seco madero se incendia y cae con estruendo en los salones que crujen amenazadores: así cayó Galerio. El Angel le abandona á este primer efecto del veneno eterno, y volando á la mansion donde Hierocles gemia, hiere con la espada del Señor al impío ministro, á quien acomete al punto una horrorosa enfermedad, cuyo germen habia contraído en el Oriente. El desventurado ve cubierto todo su cuerpo de repugnante lepra, y sus vestidos se adhieren á sus carnes como el manto de Dejanira ó la túnica de Medea. Su razon se extravía; blasfema contra el cielo y los hombres, y de repente pide á los cristianos le libren de los espíritus de tinieblas de que se siente dominado. La noche estaba en la mitad de su carrera; y llamando Hierocles á sus esclavos, les manda le preparen una litera; abandona su lecho, envuélvese en un manto y se hace trasladar medio delirante á la vivienda del juez de los cristianos.

«¡Festo! le dice, tienes en tu poder una cristiana que constituye el tormento de mi vida; sálvala de la muerte, entrégala á mi amor, y no la condenes á las fieras, pues el edicto te permite relegarla á lugares infames... ¿me entiendes?»

Esto diciendo, el perverso arroja un bolsillo lleno de oro á los pies del juez, y se aleja exhalando un sordo gemido, semejante al toro enfermo que se arrastra entre las cañas en el fondo de una laguna.

En aquel instante acababa de desvanecerse la última esperanza de los cristianos, pues el mensajero que Eudoro habia enviado á Diocleciano para instarle á que de nuevo empuñase el timón del gobierno, habia regresado de Salona, y Zacarias le introdujo en las prisiones.

Todos los confesores habian recibido la sentencia que les condenaba á morir en el anfiteatro con Eudoro, quien rodeado de los obispos que curaban sus llagas, yacia tendido en el suelo sobre los mantos de los mártires: tal, un herido guerrero se reclina sobre las conquistadas banderas, en medio de sus compañeros de armas. El mensajero traspasado de dolor enmudeció absorto, fijos los ojos en el esposo de Cimodocea.

«¡Habla, hermano mio! le dijo este; la carne está un poco abatida, pero el espíritu conserva aun el necesario vigor. Felicítame al verme aliviado por unas manos que han tocado tantas veces el cuerpo de Jesucristo.»

El mensajero, enjugando sus lágrimas, dió cuenta en estas palabras de su entrevista con Diocleciano:

«Eudoro, me embarqué obedeciendo tus órdenes, en el mar Adriático, y no tardé en llegar á la playa

de Salona, donde pregunté por Diocles, en otro tiempo el emperador Diocleciano; y habiendo sabido que habitaba sus jardines, á cuatro millas de la ciudad, traslademe á pié á ella, y llegando al fin á la morada de Diocles, atravesé unos patios donde no hallé ni guardias, ni centinelas; algunas esclavos se ocupaban aquí y allá en las faenas agrícolas, y no sabia á quién dirigirme. Descubrí entonces á un hombre de edad proyecta que en el jardin trabajaba, y me acerqué á él para preguntarle dónde se hallaba el príncipe á quien yo buscaba.

—Yo soy Diocles, respondió el anciano, sin interrumpir su trabajo. Puedes explicarte, si algo tienes que decirme.

—Enmudecí de sorpresa.

—¡Habla! me dijo Diocleciano, ¿qué negocio te trae aquí? ¿Vienes á ofrecermé algunas semillas estrañas, y deseas cambiarlas por las mías?

—Entregué entonces tu carta al anciano emperador, pintándole las desventuras de los romanos y el deseo que los cristianos abrigan de verle de nuevo al frente del Estado; á lo que replicó, suspendiendo su trabajo:

—¡Pluguiese á los dioses que á los que á mí te envían, vieses como tú las legumbres que con mis propias manos cultivo en Salona, que no me invitarían entonces á que de nuevo me sentase en el trono imperial!

—Hiciele observar que otro jardinero habia accedido á ceñirse la corona.

—El jardinero de Sidon, replicó, no habia bajado del trono como yo, y he aquí por qué le asaltó la tentación de subir á él; el mismo Alejandro no hubiera logrado de mí lo que me pides.

—Insistí en vano, pues no pude alcanzar otra respuesta.

—Hazme un favor, me dijo con aspereza; soy viejo y tú eres jóven; sácame agua de ese pozo, pues mis legumbres carecen de ella.

—Esto dicho, Diocleciano me volvió las espaldas, y Diocles volvió á tomar su regadera.

El mensajero calló, y Cirilo le dijo:

—Hermano mio, no podías traernos mas fausta nueva. Eudoro, despues de tu partida, nos comunicó el objeto de tu viaje, y los obispos temíamos hubieses logrado lo que solicitabas. El martirio ha iluminado al hijo de Lastenes, y conoce ya sus deberes: Galerio es nuestro legítimo soberano.

—¡Si! añadió Eudoro arrepentido y humillado, me reconozco justamente castigado por una tentativa criminal.

Así hablaban aquellos mártires, quebrantados por los garfios y los potros de Galerio: no de otro modo el animoso mastin que vence á los osos y javalies en los ásperos bosques del Aqueloo, cae sin merecerlo en la desgracia del cazador, y atravesado por el venablo destinado á las fieras, se debate bajo el golpe fatal y se revuelca sobre el ensangrentado musgo; pero al espirar dirige una mirada sumisa á su amo, y parece reconvenirle por haberse privado de un fiel servidor.

No obstante, en el momento de abandonar la tierra, Eudoro se sentia atormentado de tierna inquietud, pues á pesar del fervor de su fe y de la exaltación de su alma, no podia pensar sin estremecerse en el destino de la hija de Homero. ¿Qué suerte, se decía, está reservada á esta víctima? ¿Caerá de nuevo en poder de Hierocles? ¿Será interrogada por el juez? ¿Podrá sufrir sin titubear pruebas tan terribles? Habrá sido condenada á muerte por su primera confesión, con los demás confesores de la prision de San Pedro? Eudoro se representaba á Cimodocea despedazada por los leones, é implorando en vano el auxilio del esposo por quien daba su vida, y á cuadro tan desconsolador oponia el brillante cuadro de la felicidad que hubiera podido disfrutar con tan hermosa y

pura mujer. Pero una voz que de repente se alzaba en su conciencia, le gritaba:

«¡Mártir! ¿son esos los pensamientos que deben ocupar tu alma? ¿La eternidad! ¿la eternidad!»

Los obispos, prácticos en el conocimiento del corazón, descubrian los ocultos combates del atleta, y adivinando sus pensamientos, procuraban reanimar su valor.

«¡Compañero! le decía Cirilo, abramos nuestro corazón á la alegría, porque en breve volaremos á la gloria. Mira en esta cárcel como en una risueña campiña, este campo de espigas maduras que todas serán segadas para llenar los graneros del buen Pastor; Cimodocea se hallará tal vez entre nosotros, y cual la flor que lozana brilla en medio del trigo, esparcirá sus perfumes en los canastillos. Si así lo dispone Dios, ¡cúmplase su voluntad! Pero pidamos al cielo que deje á tu esposa en la tierra, para que ofrezca por nosotros al Eterno el agradable sacrificio de sus inocentes súplicas.»

Cuando despues de una noche abrasadora de estio, se levanta al nacer el dia un fresco viento del Oriente, el marinero cuyo bajel permanecía fijo en un mar inmóvil saluda al Céiro, hijo de la Aurora que trae la plácida brisa y le abrevia el camino: así, las palabras de Cirilo, á manera de benéfico soplo, animan al mártir y le impelen por el camino del cielo. No obstante, no puede despojarse enteramente del hombre; mucho habia que encargara á algunos cristianos intrépidos salvarse á Cimodocea y no economizasen al efecto ni desvelos, ni trabajos, ni tesoros; confiése especialmente al denuedo de Doroteo, que habia ya intentado dos veces durante la noche escalar la prision de la hija de Homero.

Mas feliz respecto de Demodoco, Doroteo habia conseguido alejarle de las puertas del calabozo y trasladarle á un asilo seguro.

—¡Desventurado anciano! le decía, ¿por qué así precipitas el curso de tus dias? ¿Temes no huyan asaz veloces? Reserva tu ancianidad para tu hija, que si Dios se digna devolverla á tus brazos, necesitará mas de tus consuelos que tú de los suyos, porque habrá perdido á su esposo.

—¿Y cómo intentas, respondia el padre infeliz, que cese de reclamar á mi hija, á quien volvia los ojos desde el borde del sepulcro? Última heredera de la lira de Homero, las Musas la habian colmado de preciosos dones; gobernaba acertadamente mi casa; nadie en su presencia se hubiera atrevido á insultar mi vejez, y hubiera visto crecer sobre mis rodillas unos hijos, hermosa copia de su madre! Cimodocea, cuyas palabras encerraban tanta dulzura, ¿qué fue de tus promesas? Tu me decias: «¡Cuál será mi dolor, padre mio, si inflexibles las Parcas te roban un dia á mi amor! Cortaré mis cabellos sobre tu hoguera, y pasaré mis dias llorando con mis compañeras». ¡Ah, hija mia! ¡yo soy quien queda para llorar! Yo, habitante ignorado de extraño suelo, sin hijos, sin patria, encorvado bajo el peso de los años; yo soy quien te llanará tres veces en derredor de tu lecho de muerte!

A la manera que se aleja á un toro de la pradera para separarle de la ternera próxima á ser sacrificada á los dioses, así Doroteo alejó á Demodoco de la cárcel de Cimodocea.

La nueva cristiana habia vuelto á abrir los ojos á la luz, ó por mejor decir á las tinieblas de los calabozos; lee una y otra vez la carta de Eudoro, y una vez y otra la riega con sus lágrimas.

«¡Esposo querido! exclama en el confuso lenguaje de sus dos religiones; señor, dueño mio, héroe semejante á una divinidad, ¿vas á comparecer ante los jueces?... ¡Una cuchilla cruel!... Y no estaré yo allí para curar tus heridas!... ¡Oh padre mio! ¿por qué me has abandonado? Acude y guia mis pasos

hacia el mas hermoso de los mortales! Caed, paredes desapiadadas, pues quiero ofrecer mi vida al dueño de mi corazón!»

Así se lamentaba Cimodocea en el silencio de su calabozo, mientras el bullicio y tumulto rodeaban la prisión de los mártires. Estos oían por afuera un rumor confuso, semejante al estruendo de una catarata, al sordo zumbido de los vientos al estrellarse en las altas montañas, y al mugido de un incendio que ha prendido en un bosque de pinos, por la imprudencia de un pastor: era el impaciente pueblo.

Reinaba á la sazón en Roma una antigua costumbre: la víspera de la ejecución de los criminales condenados á ser arrojados á las fieras, se les daba á las puertas de su prisión una comida pública, llamada la *Comida libre*, en la que se les servían los mas exquisitos manjares: bárbaro refinamiento de la ley, ó clemencia brutal de la religión: aquella, por intentar hacer mas amable la vida á los que iban á perderla; esta, por no considerar al hombre sino en los placeres, y por pretender rodearle de ellos en el umbral del sepulcro.

Esta comida postrera era servida en una mesa inmensa, en el vestibulo de la cárcel. El pueblo, curioso al par que cruel, estaba esparcido en derredor y los soldados mantenían el orden. Los mártires salen de sus calabozos y van á ocupar sus asientos en aquel fúnebre banquete, cargados de cadenas, pero de manera que podían servirse de las manos, y los que no podían andar á causa de sus heridas, eran llevados por sus hermanos. Eudoro se arrastraba apoyado en hombros de dos obispos; y los demás confesores, por compasión y por respeto, tendían los mantos á su paso. Al salir de la puerta, la muchedumbre no pudo menos de prorumpir en un grito de ternura, y los soldados saludaron con las armas á su antiguo general. Los presos se sentaron sobre almohadones en frente de la multitud, mientras Eudoro y Cirilo ocupaban el centro de la mesa: los dos caudillos de los mártires reunían los mas hermosos dones de la juventud y la vejez: así descollaban José y Jacob en el banquete de Faraon. Cirilo invitó á sus hermanos á que distribuyesen entre el pueblo aquella opípara comida, para reemplazarla con un sencillo ágape compuesto de un poco de pan y vino puro; la multitud atónita guardaba silencio y escuchaba con avidez las palabras de los confesores.

«Esta comida, decía Cirilo, se llama con mucha propiedad la *Comida libre* porque nos emancipa de las cadenas del mundo y de los males de la humanidad. No Dios, sino el hombre ha hecho la muerte; el hombre nos dará mañana su obra, y Dios, autor de la vida, nos dará la vida. Roguemos, hermanos míos, por este pueblo, que compadeciendo hoy nuestro destino, se regocijará mañana en nuestra muerte. ¡Cuán digno es de lástima! Roguemos por él y por nuestro emperador Galerio.»

Y los mártires rogaban por el pueblo y por Galerio su emperador.

Los paganos, acostumbrados á ver á los criminales regocijarse locamente en la fúnebre orgía, ó lamentar cobardes la pérdida de su vida, no podían salir de su estupor. Los mas instruidos decían:

«¿Qué congreso de Catones es este, donde se habla tranquilamente de la muerte en la víspera de la muerte? ¿No son unos filósofos estos hombres que se nos pintan como enemigos de los dioses? ¿Qué magestad brilla sobre su frente! ¿qué sencillez respiran sus ademanes y lenguaje!»

La muchedumbre decía:

«¿Quién es ese anciano que habla con tanta autoridad y enseña máximas tan bellas y sanas? Los cristianos ruegan por nosotros y por el emperador; nos compadecen, nos regalan su comida; y cubiertos de heridas, nada dicen contra nosotros ni contra sus

jueces. ¿Su Dios será acaso el verdadero Dios?»

Tales eran los discursos de la multitud. Entre tantos desgraciados idólatras, algunos se retiraron llenos de sorpresa, mientras otros gritaban llorando:

«¡Grande es el Dios de los cristianos! grande es el Dios de los mártires!»

Y procurando hacerse instruir, reconocieron á Jesucristo.

«¡Qué espectáculo para Roma pagana! ¡Qué lección tan elocuente le daba aquella comunión de mártires, aquellos hombres que próximos á su fin, continuaban sus discursos llenos de unción y caridad. Tal, cuando una bandada de ligeras golondrinas se prepara á abandonar nuestros climas, se la ve reunirse orillas de un solitario estanque ó sobre la torre de campestre iglesia; todo repite los dulces cantos de la partida; y no bien se levanta el aguilón, emprenden su vuelo y van á buscar otra primavera y una tierra mas propicia.»

En medio de tan tierna escena, vióse llegar á un esclavo que rompiendo la muchedumbre se acercó á Eudoro, á quien entregó una carta de parte del juez. Eudoro leyó la carta, concebida en estos términos:

Festo juez, á Eudoro cristiano, salud!

«Cimodocea ha sido condenada á los lugares infames, donde la espera Hierocles. Te suplico por el afecto que me has inspirado, que sacrifiques á los dioses; ven á reclamar á tu esposa, y juro hacértela devolver pura y digna de ti.»

Eudoro cae desvanecido y todos le muestran su celo; los soldados que le rodean se apoderan de la espantosa carta; el pueblo la reclama y un tribuno la lee en alta voz; los obispos enmudecen consternados, mientras la multitud se agita tumultuariamente. Eudoro vuelve en sí, y los soldados arrodillados le dicen:

«Compañero, sacrifica! Hé aquí nuestras águilas á falta de altares.»

Y le presentaban una copa llena de vino para la libación. Una tentación horrible se apodera entonces del corazón de Eudoro. Cimodocea arrojada á los lugares infames! ¡Cimodocea en brazos de Hierocles! El pecho del mártir se eleva; sus vendajes estallan y su sangre corre con profusión. El pueblo enternecido cae de rodillas á su vez, y repite con los soldados:

«Sacrifica! ¡sacrifica!»

Eudoro dice con sordo acento:

«¿Dónde están las águilas?»

Los soldados golpean sus escudos en señal de triunfo, y se apresuran á llevarle las insignias imperiales: Eudoro se levanta con penoso esfuerzo, y sostenido por los centuriones se acerca al pie de las águilas: hondo silencio reina entre la dudosa muchedumbre. Eudoro toma la copa con resuelto ademán; los obispos cubren sus cabezas con los mantos, y los confesores exhalan un grito de terror; á este grito, Eudoro arroja la copa, derriba las águilas, y volviéndose tranquilo hacia los mártires, exclama con voz segura:

«Soy cristiano!»

LIBRO VIGESIMOTERCERO.

UMARIO. Satanás reanima el fanatismo del pueblo. Explicación de la carta de Festo. Muerte de Hierocles. El Ángel de la esperanza visita á Cimodocea. Esta recibe la túnica de los mártires. Doroteo libra á Cimodocea de la cárcel. Júbilo de Eudoro y los confesores. Cimodocea vuelve á hallar á su padre. El Ángel del sueño.

El príncipe de las tinieblas miraba convulso de furor la piedad del pueblo y la victoria de los confesores.

«¡Cómo! exclamaba, habré hecho temblar sobre su trono al que los ángeles esclavos han apellidado el Todopoderoso; me habrán bastado algunos instantes para desfigurar la obra de los seis dias; el hombre habrá sido mi fácil presa, y próximo ya á triunfar de Cristo, mi último enemigo, un mártir insultará mi poder! ¡Ah! ¡reanimemos contra los cristianos el furor de un pueblo insensato, y embriaguémos hoy Roma con el incienso de los ídolos y la sangre de los mártires!»

Dice; y toma al punto el aspecto, gesto y voz de Tagés, cabeza de los arúspices. Despoja la inmortal cabeza de los restos de su brillante cabellera, ultrajada por las llamas del abismo; las cicatrices que la desesperacion y el rayo han impreso en su frente, cámbianse en venerables arrugas; oculta sus plegadas alas bajo los amplios contornos de un manto de lino, y encorvándose sobre un báculo augural, adelántase al encuentro de la multitud que del banquete de los mártires volvía.

«Pueblo romano! exclama, ¿qué significa esa compasión sacrilega? ¡Cómo! ¡tu emperador te prepara magníficos espectáculos, y deploras la suerte de unos malvados, escoria vil de las naciones! ¡Soldados! ¡veis derribadas vuestras águilas, y os conmovéis á favor del que las derriba! ¿Qué dirían los Escipiones y los Camilos, si de sus tumbas se alzasen? Rechazad una conmiseracion criminal, y en lugar de compadecer á los enemigos del cielo y de los hombres, corred á vuestros templos á suplicar por la salud del príncipe y á celebrar la fiesta de los dioses.»

Así hablando, el ángel rebelde sopla sobre la inconstante muchedumbre el vértigo y el furor; y la insaciable sed de sangre y placeres se enciende en las almas en que súbitamente se estingue la piedad. Un victimario grita:

«¡Oh cielo! ¿qué prodigio miro? He dejado á Tagés en el Capitolio y le encuentro aquí. ¡Romanos! no lo dudeis; este arúspice es alguna divinidad oculta bajo la figura de Tagés, que viene á reconveniros por vuestra culpable piedad y á anunciaros los decretos de Júpiter.»

El espíritu de tinieblas desaparece, y el pueblo poseído de pavor, corre á los altares de los ídolos á espíar un momento de humanidad.

Galerio celebraba á la vez su natalicio y su victoria sobre los persas. Aquel día caía en las fiestas de Flora, y á fin de captarse mas el ánimo del pueblo y de los soldados, el emperador restableció las fiestas de Baco, suprimidas por el senado hacia ya mucho tiempo. Horrores tantos debían ser coronados con los juegos del anfiteatro, donde todos los cristianos presos debían recibir la muerte. Imprudentes prodigalidades cuya origen era la ruina de los ciudadanos y especialmente el despojo de los fieles, habían cambiado el ánimo de la multitud, á la que se permitía y aun se decretaba todo género de libertinaje. Al resplandor de las antorchas, parte del pueblo asistía en la

via Patricia á las prostituciones públicas, donde las desnudas meretrices, reunidas al son de la trompeta, celebraban con oscenos cantares á aquella Flora, que legara su fortuna impúdica á un pueblo lleno entonces de pudor. Galerio subía al Capitolio en un carro tirado por elefantes, y precedido de la cautiva familia de Narsés, rey de los persas. Los bailes y la vociferación de las Bacantes variaban y multiplicaban el desorden. Innumerables odres y toneles estaban abiertos cerca de las fuentes y en las encrucijadas de la ciudad, y el pueblo se embadurnaba el rostro con los heces del vino amasado con lodo. Baco era conducido en triunfo sobre unas andas, mientras sus sacerdotisas, agitando en derredor encendidas antorchas y tirso rodeados de pámpanos, brincaban al son de los címbalos, tambores y clarines; sus cabellos flotaban, sueltos y su vestido se reducía á una piel de

ciervo atada sobre sus hombros por medio de culebras que en torno de sus cuellos se enlazaban. Unas llevaban en brazos tiernos cabritos; otras presentaban los pechos á lobeznos, ostentándose todas coronadas de ramas de encina y de abeto, mientras unos hombres disfrazados de sátiros las acompañaban, llevando un macho cabrio ceñido de guirnaldas. Aquí se veía á Pan con su flauta; mas allá se adelantaba Sileno, cuya cabeza presa del vino, caía de un hombro á otro, caballero sobre un jumentillo y sostenido por los Faunos y Silvanos. Una Ménade ostentaba su corona de vedra y un Egipano su casi colmada taza; el bullicioso séquito vacilaba en su marcha y brindaba á Baco, á Venus y á la Injuria. Tres coros cantaban alternativamente:

«Cantemos á Evohé; repitámos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!»

«Hijo de Senecle honor de Tebas la del escudo de oro, ¡ven á bailar con Flora, esposa de Céfiro y reina de las flores! ¡Baja á nuestro suelo, oh consolador de Ariadna, tú que festivo recorres las cumbres del dsmaro, del Ródopo y el Citeron! Dios de la alegría, hijo de la hija de Cadmo, las niñas de Nisa te criaron con el auxilio de las Musas en una embalsamada caverna. Salido apenas del muslo de Jupiter, domaste los humanos, rebeldes á tu culto. Te burlaste de dos piratas de Tirsene que te ensalzaban como á hijo de un mortal; hiciste correr un delicioso vino en la negra nave y caer desde las altas velas las ramas de una fecunda parra; una vedra cargada de fruto creció de verde el mástil, y numerosas coronas cubrieron los bancos de los remeros; un leon se mostró en la popa, y trocados en delfines, los marineros se arrojaron á las profundas olas. ¡Y tu reñas, oh rey Evohé!»

«Cantemos á Evohé; repitámos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!»

«Vástago de las Híadas y las Horas alumno de las Musas y de Sileno, tú en quien brillan los negros ojos de las Gracias, los dorados cabellos de Apolo y su inmortal juventud, oh Baco! abandona las playas de la subyugada India y ven á reinar sobre la Italia, adonde se recogen los exquisitos vinos de Pelerio y Cecuba; dos veces al año el maduro fruto pende del árbol, y el corderillo del pecho de su madre; vuelan en nuestros campos fogosos corceles, y á lo largo del Clitume pacen los toros sin mancha que se encaminan al Capitolio delante del vencedor romano. Dos amares traen á nuestras fértiles costas los tesoros del mundo. El bronce, la plata y el oro corren á manear de rios en las entrañas de esta tierra sagrada, cuna de famosos pueblos y de héroes aun mas famosos. «Salve, tierra fecunda, tierra de Saturno y madre de los eminentes varones. ¡Ojalá lleves por largos siglos los tesoros de Ceres, y te conmuevas al grito de Evohé!»

«Cantemos á Evohé! repitámos sin cesar: ¡Evohé! ¡Evohé!»

«¡Ay! los hombres pueblan una misma tierra; mas, ¡cuanto, cuánto difieren entre sí! ¡Pueden acaso ser considerados como hermanos y moradores de una misma ciudad los que ven transcurrir sus dias en el regocijo, mientras otros los invierten en llanto amargo; los felices que cantan un himeneo y los desventurados que celebran unos funerales?»

«¿Cuán tierno era, en medio del delirio de Roma pagana, ver á los cristianos ofrecer humildemente á Dios sus plegarias, deplorar los excesos criminales y dar todos los ejemplos de la modestia y la razon en medio de la disolucion y la torpe embriaguez! Algunos altares ocultos en los calabozos, en lo mas retirado de las catacumbas, sobre los sepulcros de los mártires, reunían en derredor á los perseguidos fieles, que ayunaban y velaban, víctimas voluntarias que se ofrecían para espíar los crímenes del mundo; y